

Prólogo y primer texto del libro
de Marco Aurelio Carballo
*Mamá estaba loca y
otras turbocrónicas**

MARCO AURELIO CARBALLO

Gracias al PRI (SIC) me puse a reportear la vida. Estaba harto de la jerga pajosa de los funcionarios públicos y de los oradores del sistema político a la mexicana. Durante más de un sexenio escuché a dos presidentes de la república y a la morralla de miméticos a su alrededor. En el primer mundo la diferencia estaba en que el tejido de la información, sólo era más fino. La misma gata pero de ojos azules. Si no, me hubiera exiliado a país menos hostil.

Tuve la posibilidad de cambiar de giro sin dejar el oficio. Reporteaba para el semanario, Siempre!, y recibía el apoyo de su director José Pagés Llergo. Ahí dejé de ser notero y en las crónicas puse en práctica los instrumentos de la narrativa que estaba obsesionado por dominar.

En 1988, uno de mis tres años en el semanario Época, se convocó al premio José Pagés Llergo. Participé con cincuenta y tantas turbocrónicas publicadas ese año. Quería la réplica a escala de la estatua de Pagés Llergo y los diez mil pesos para comprar tiempo y escribir un cuento o un capítulo de novela.

El jurado Fidel Samaniego dijo que hubiera sido suficiente la crónica del viaje de José Saramago a San

Cristóbal de las Casas. Cuando Saramago ganó el Nobel de Literatura sentí gusto que lo recibiera, si no un amigo, sí un conocido.

Cantidad no es calidad, recomprobé. Menos es más. Uno aplica esta máxima al trabajo de otros. También mandé todas esas turbocrónicas para trastocar la inseguridad en seguridad. Por gusto agregué la crónica de un congreso de escritores policiacos publicada en Siempre!

El reportero describe cuanto ve y atribuye las declaraciones a personajes comunes y corrientes, y también a artistas. Los políticos y los políticos hechos burócratas disponen de espacios porque los compran con nuestros impuestos o porque los editores les temen o les deben favores. De semejante concubinato deploro la empedernida lucha diaria que libran en el afán de roer y prostituir el lenguaje y, la puntilla, ver cómo la jerga repugnante que vomitan, fauces abiertas de par en par, contamina la atmósfera tanto como los radicales libres.

De 1998 a 2003, el último sexenio del siglo, hubo muchos cambios. Obvio. Desapareció del mapa la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y de Los Pinos el PRI.

Con las excepciones referidas, he lideado veinte años a editores de periódicos reacios a publicar mis cró-

nicas. Corrompidos por el priismo, exigen fuentes de información oficiales y personajes cuyos nombres importan dos cornetas o un diputado porque lo fundamental es el cargo público. Les brota caspa a raudales y quedan cubiertos de sarna con los textos escritos en primera persona porque los políticos esquizofrénicos suelen hablar en la tercera del plural. Sus amanuenses aplican la demagogia (el nosotros) y eluden su responsabilidad en boletines, discursos y artículos.

Por eso decidí ponerme a reportear la vida.

El año que conocimos a Elena Garro

Acababa de conocer a Elena Garro y esperábamos un taxi para ir a cenar. De repente me dijo que iba a agregarle un cero al cheque de quinientos dólares que les había enviado Octavio Paz. “Pero eso es peligroso”, le dije, asustado, temiendo que la descubrieran y que fuera

a parar a la cárcel de Carabanchel, acusada de fraude. “Más peligroso es morir de hambre”, dijo ella, muy seria. Fue el primero pero no el último de los sustos. Después habría otros y quizá hubiéramos terminado por habituarnos a los sobresaltos que Petunia y yo vivimos ese año en Madrid, durante los encuentros periódicos con Elena Garro y su hija Helena. Ahora me arrepiento de no haber escrito un diario porque podría reproducir con mayor fidelidad esos encuentros.

En agosto de 1980, yo acababa de leer en Siempre! una entrevista en tres partes que le hizo el periodista y escritor Carlos Landeros y el libro de cuentos de ella Andamos huyendo, Lola. Desde luego también Los recuerdos del porvenir. Petunia la entrevistó en Madrid para el diario unomásuno y así pude aproximarme a las Elenas y comer o cenar juntos en nuestro apartamento o en cualquier tasca y platicar durante horas.



Alfredo Zalce

Yo le preguntaba, para tratar de esclarecer puntos oscuros, de su participación en el movimiento estudiantil de 1968, pero cada vez entendía menos. Interesada en la monarquía rusa, ella criticaba, zahiriente, a los revolucionarios cubanos. La veía muy cerca de los campesinos y al mismo tiempo era amiga de dirigentes priistas. Se decía católica y sus argumentos estuvieron a punto de hacerme volver por los caminos del Señor.

Elena Garro nos platicó que en Cuernavaca unos matones la seguían, pagados quién sabe por quién. Ella se armó de valor y los enfrentó. Los matasiete estaban nerviosos y se pusieron peor cuando Elena les dijo que si la mataban iba a aparecérselos ya muerta, cuando ellos estuvieran durmiendo, para jalarles los pies. Los sicarios abandonaron el acoso y Elena no volvió a verlos. En un coctel en el Fondo de Cultura Económica, llegó encabezando a un grupo de labriegos enhuarachados que sin duda horrorizaron a más de un intelectual perfumado. Buscaba que los escritores se solidarizaran con alguna petición de parcelas o con la devolución de éstas. Octavio Paz la amonestó y nadie les hizo caso para no contrariar a quien años después sería Premio Nobel. Una vez en la calle a Elena se le ocurrió que entre todos le desinflaran las llantas a los coches de los invitados al coctel. Elena contaba que a continuación se fue con los campesinos a la casa del ex presidente Lázaro Cárdenas, que no había podido o no había querido darles una audiencia. Muy de mañana se plantaron frente a la casa de Cárdenas y cuando se abrieron las puertas, éste no pudo menos que atenderlos porque Elena se había acostado a lo ancho de la cochera.

Aquella noche, en Madrid, cenamos en El Botín con el poeta José Bergamín. Elena me presentó como un reportero que había publicado dos libros de cuentos. La Garro y Bergamín hicieron que yo prometiera que dejaría un poco el periodismo para consagrarme a la narra-

tiva. Ya no recuerdo qué argumentaron pero, hayan dicho lo que hayan dicho, sus palabras cayeron en terreno abonado por mis fantasmas y mis obsesiones. Fue ese año que vivimos en Madrid cuando tomé la decisión de terminar por fin una novela que había empezado en mis noches de guardia en Excélsior. Enseguida escribí unos cuentos y más adelante, otra novela, Polvos ardientes de la Segunda Calle, porque aquella, la primera, fue como un feroz entrenamiento para hallar mi método personal para escribir novelas. Malas o buenas pero terminarlas según mi leal entender.

Cuando flaqueaba, cuando sentía que no iba a continuar con la escritura del primer mamotreto (corrégia trescientas y pico de páginas y luego las pasaba en limpio una y otra vez tecleando como mulo en máquina mecánica) recordaba a Elena Garro y a José Bergamín y obtenía fuerzas de esas evocaciones para doblarme pero no quebrarme.

Ahora que los dos están en la otra vida, sólo puedo decirles: Hasta luego, poetas. ■

*Editado por Gedisa/Vila Editores/Colec.Aldia. tel. 5564.5607

